

se arruinan: profesan demasiado amor á lo bello, á lo grande y á lo pintoresco para sacrificarlo, aunque para ello les dén una pirámide de oro. No son amigos de las medias tintas: prefieren perderlo todo.

Octavio, despues de haber calculado sobre cifras problemáticas, concluyó todas sus adiciones y todas sus sustracciones con estas frases:

—Total: ó todo ó nada!

Se habia sentado frente una de las cercas que rodeaban el parque, á tres ó cuatro tiros de fusil del gran vestibulo, cuando una voz argentina repitió, bien como si fuese un eco burlon:

—Total: ó todo ó nada!

IX.

ALIZA.

Era la señora de Entraygues.

—Ah! diablo! dijo Octavio levantándose: creí que aquí no era oido mas que por las aves.

Y se echó en brazos de la señora de Entraygues.

—Qué estais haciendo dijo esta riendo; si las aves nos viesen!

Ambos jóvenes se miraron como si no se hubiesen visto desde siglos.

—A fé mia, querida, llegais muy á propósito: tal como me veis me hallaba dispuesto á cavar mi tumba; ya habia vestido el hábito de los trapenses.—Hermana: morir debemos!

—Hermano, ya lo sabemos! dijo riendo la señora de Entraygues.

Y despues de un instante de silencio, añadió:

—Os imaginais tal vez, mi querido Octavio, que yo me divierto mucho desde que quiero divertirme? Pues bien, me fastidio horribilmente.

—Puesto que venís aquí, lo creo perfectamente.

—Ya lo veis: visto de negro. Llevo el luto de mi juventud.

Miró á Octavio fijamente, añadiendo:

—Y de vuestro amor! Si al fin tu me hubieses querido!

—Os he adorado, Aliza. No tengo en mi vida otro recuerdo mas caro que el vuestro.

—Profanador! hé aquí frases estudiadas. Está escrito que la mujer se dejará siempre seducir por la misma ilusion.

Octavio abrazó por segunda vez á la señora de Entraygues.

—No es verdad que me he puesto fea con esta palidez, con estos ojos hundidos? me causo miedo á mi misma.

—Estais mas hermosa que nunca, dijo Octavio notando el golpe que el ala del tiempo habia dado en el rostro de la jóven.

Los meses de pasion se cuentan como los años. Es la tempestad que quema, que deshoja y que devasta.

—Habeis tomado este amor por lo sério, dijo Octavio con dulzura.

—Si lo he tomado por lo serio! que es la vida sin el amor?

—Es cierto: un corazon valiente, unos lábios que dicen *te amo*, una cabellera que se esparce sobre dos frentes, he aquí la sabiduria. El que busca otra cosa en el mundo es un loco. Llevais un sombrero hermosísimo.

Octavio besaba los cabellos de la señora de Entraygues; como para encontrar el perfume evaporado que le habia embriagado cuando era la Dama de Espadas.

—Un hermoso sombrero! Veo que sois bastante bueno para notar que mi sombrero es hermoso. He partido como una loca, sin dar órdenes para que se me preparase un traje de viaje. Al llegar á Irlanda lo dí todo á mi doncella. Se me dijo que estabais aquí: traté de veros, os he buscado, os he encontrado y he-lo ahí todo.

—Que bella ocurrencia! Hace ya mucho tiempo que el castillo de Parisis no ha visto barrer sus sendas y caminos por un vestido con cola.

—Cierto que le dispenso una gran honra; pero he perdido la mitad de mi traje: ahora mismo, al correr hacia vos, las espinas me lo han roto.

Octavio acompañaba la señora de Entraygues hácia el castillo.

—Contadme vuestra historia desde que no os he visto.

Aliza contó su viaje á Irlanda donde estuvo á punto de morir de dolor y de fastidio por las reconvencciones de su abuela, virtud rebelde que jamás habia capitulado porque nunca habia leído las novelas de Walter Scott.

La señora de Entraygues habia comenzado por someterse y humillarse, bien como si quisiese volver al arrepentimiento. Pero su corazon queria vivir y rompía su cárcel. Volvió á Francia. El escándalo era no-

torio; quien eso le recordaba? Temia encontrar á sus amigas y descendió como una viagera que no da pié en tierra en la fonda de Albion. Esto no obstante visitó á su mejor amiga, la duquesa de Campagnac, que se mostró desapiadada, porque la caridad cristiana no será nunca en este punto la virtud de las mugeres. La duquesa de Campagnac que hasta entonces habia luchado valientemente contra los impulsos, no precisamente de su corazon, sino de su oscuridad, que gozaba de una reputacion muy pura, que ni siquiera se permitia el placer de una conversacion un poco libre, aconsejó á Aliza que volviese á Irlanda.

Aliza le respondió friamente:

—No vine aquí para que me púseses otra vez, en el camino que he dejado.

Ya que las mugeres no consuelan á las mugeres, preciso es que las mugeres se consuelen con los hombres.

—He aquí porque, dijo la señora de Entraygues á Octavio, yo he venido á Paris. Me dirigireis vos algun sermón?

—No soy tan cándido: toda la moral es hija de Jesucristo que perdonó á la muger adúltera. Yo os amo como á mi mismo.

—No os burleis! pues esto, en el fondo, no es muy alegre. Si supieseis, amigo mio, lo triste é inquieta que yo estaba cuando salí de París. Me parecia que todo el mundo me miraba, y que leia mi falta sobre mi frente. Ya lo veis: he adoptado la costumbre de

bajar el velo. Por otra parte no sabia que hacer, no sabia donde ir. Por la noche, en el teatro, me ocultaba en el fondo de un palco del proscenio.

—El teatro es como la iglesia: acoge á todo el mundo.

—He aquí porque yo encontré allí á vuestras amiguitas.

—Dadme noticias tuyas.

—La señorita Diana lo ha vendido todo.

—Esto es porque no se ha podido vender á sí misma.

—Todo en ella era falso: falsos sus diamantes, falsas sus perlas, falsos sus cabellos y falsa ella.

—He aquí porque me inscribí yo, en falso, en su hermosura. Y á Violeta no la visteis?

—Es mas Violeta de Parma que nunca. Y sin embargo, quereis que os diga sobre ella una cosa que va á sorprenderos? Desde que la dejasteis no ha tenido amante, si se exceptaú vos cuando la volvisteis á coger yendo á Dieppe.

—No podiais decirme nada que mas pudiera sorprenderme. Ella me lo dijo, pero yo no creí ni una frase.

—Y sin embargo, es cierto. Se burla de todos los que pasan por sus amantes: conozco entre otros á ese grande de España, que la ha hecho un puente de oro sobre el cual, ella ha pasado sin él.

—Esto seria original, si fuera posible.

—Será imposible, pero es. Yo creo que todo lo ha

desafiado porque os ama. Creéis, tal vez, que no es virtuosa despues de la primera caída?

Octavio abrazó á la señora de Entraigues.

—Y de que vive esta virtud feroz?

—No sabeis que el príncipe... le regaló un adorno de gran precio y un bono sobre el banco, de cien mil francos, solo para que figurase en su cortejo y figurara entre sus convidados, pues el comedor del duque se ha hecho ya célebre?

Octavio dijo con gravedad, que creia demasiado en la virtud en general, para negar esta en particular.

—Esta ha sido, dijo la condesa, la única muger que me ha recibido bien cuando mi vuelta á Paris. Parecíame que su corazon estaba en sus lábios cuando me hablaba.—Sois feliz? le pregunté.—No, pero lo mismo dá.—Le habeis visto?—Si, le he visto pero no volveré á verle mas; es el hombre de siempre, no toma jamás á una mujer sino para sacrificarla á otra. Me llevó á Dieppe para humillarme ante sus duquesas.

Se anunció el duque de Parisis que la comida estaba dispuesta.

—Señora, dijo solemnemente á la condesa: os suplico que me dispenseis la honra de comer conmigo con toda ceremonia. Tendremos cada uno un criado para servirnos: es todo lo que hay en el castillo. No os respondo de la cocina; pero si de la cueva.

—Esto es lo que importa, puesto que nunca bebí agua.

Llegaron al vestíbulo.

El sol se acostaba en un lecho de nubes color de púrpura. Solo habia aparecido alguna que otra vez durante el dia: de pronto esparció un aire de fiesta en el castillo.

—Sois una buena hada, dijo Octavio á Aliza: ahora mismo todo estaba triste y ahora todo sonrie. Ya lo veis, bajo estas tintas del sol poniente el castillo despierta y me pone hermoso rostro, mientras que no hace mucho me lanzaba sus maldiciones. Decididamente nunca seré un hombre formal, puesto que el amor será siempre mi dueño.

—Ah! si quisieseis amarme, dijo la señora de Entraigues con una ternura expansiva, yo no temeria nada, ni siquiera el infierno.

Octavio que tenia su elocuencia abrazó por tercera vez á Aliza, lo cual le dispensó de decir la verdad, pues no podia menos que soñar en Genoveva.